

## EL AZUL EN SU SITIO

«Solo es Poeta el que sabe  
encontrar el Azul en su sitio»

M. PACHECO.

Si el azul está en su sitio  
lo demás no me importa,  
mi sentir es eléctrico.  
El poema es un libro  
de páginas redondas.

La poesía es Poesía  
como el rocío es gota  
—desprendida campana  
del ángel de la aurora—.

Yo soy sentir eléctrico  
y no calculadora.  
La culpa no la tengo  
de tener arpas flojas  
en la luz de la sangre.

La poesía es POESIA  
cada vez que se toca  
como la llama viva  
de una hoguera sin forma.

Es poner en la vida  
horizonte—palomas,  
brisas de ciervo herido,  
pulso de azules norias.

¿Aprender la Poesía?  
¿Edificar su sombra  
con diccionarios fríos  
donde la vida es momia?

Si el Azul está en su sitio  
lo demás no me importa.

MANUEL PACHECO

## ARTE y ARTISTAS

**E**N una revista de ámbito provincial tan expresivamente demarcado—siquiera rebase por tantos conceptos meritorios esas fronteras—no es fácil mantener una sección dedicada al arte y a los artistas de modo que pueda sostener con alguna prolongación la nota armónica, entre la amplitud temática que exige el propio título de la sección y la limitación geográfica que lleva implícita el nombre de la publicación. Existe, indudablemente, el peligro de incurrir en excesos o defectos, a causa del equilibrio inestable en que se mantienen los extremos, y, por consiguiente, el de que se desorbite el tema por razón de la perspectiva sin horizontes que nos ofrece por un lado o que se encanije a causa de su escaso medio que consigue en estas latitudes, por otro; y todo ello, en detrimento, incluso, de la ponderación literaria, tan familiar a los lectores de «Alcántara».

Porque, efectivamente, el mantenimiento de una constante que se sostenga dentro del tema, sin demasiadas concesiones a ajenas sugerencias, es dificultoso; como lo es encajarlo en un discreto matiz provincial, dada, precisamente, la escasa matización de que adolece en este aspecto; y como lo sería más, si adoptamos el sentido contrario, es decir, amplificándolo en proporciones tales que quede anulado lo que podemos llamar el interés local.

La verdadera clave habría de encontrarse, pues, en el acierto de conjugar el ineludible universalismo del arte, sin consideraciones de tiempo y espacio, como valor abstracto, con el particularísimo que deduzcamos de sus proyecciones sobre nosotros, indagando las causas y efectos de esta relación. De esta manera, cuando por falta de asideros resulte inútil o insuficiente el esfuerzo por atraer determinada sugestión a nuestro campo, hacia la línea ideal del meridiano extremeño, y nos sintamos, por lo tanto, impotentes para ajustarla, en lo posible, a su indeciso trazado, puede quedar compensado apelando a esa universalidad que le es propia. O, lo que es lo mismo, esas limitaciones que para su expansión le vienen impuestas al arte y a los artistas extremeños, desde el punto de vista de su naturalización, por razones, ya se comprenderá, de mezquindad de espacio y de débil biología local, más estimulan que impiden que las aspiremos a centrar un poco más por encima de los estrictos hechos y realidades que nos pueden suministrar a falta de otras cosas y cuya visión y estimación se deforman con harta frecuencia a causa de la misma proximidad. Y ello nos permite también que alguna vez nos liberemos de prejuicios y coacciones, desconectando valores morales que no les pertenecen exclusivamente y que no siendo suscep-

tibles de filiación no son aptos para fundamentar cualquiera afirmación de la misma naturaleza.

\* \* \*

Hemos querido exponer este criterio por delante, porque envuelve la cuestión de la existencia del arte extremeño; y su planteamiento, ya que no su conclusión, puede muy bien traerse a estas páginas y servir de acicate a todos aquellos que tengan que decir algo a este respecto.

El arte extremeño, minúsculo o aparental, exige una dilucidación. Es un tema afectivo y por sólo esta afeción merece que ocupe nuestra atención antes que cualquier acontecimiento de un mundo artístico de mayor amplitud espacial, que, aunque no nos sea ajeno, permite aplazamientos o elusiones, que dejen nuestro campo más libre. Además, el arte, no sólo tiene un contenido moral, sino también una envoltura plástica; lo que quiere decir que también exige un acercamiento físico, sin el cual no es posible recoger esas cuestiones sugeridas, pero no explanadas, que circulan continuamente alrededor nuestro y que por su escaso índice de densidad andan vagando en el ambiente sin llegar a adquirir la necesaria consistencia para hacerse presentes.

Es claro que con esto no queremos decir que nos debamos encerrar herméticamente dentro de nuestros límites provinciales; pero sí que desde aquí mismo partamos, aunque por nuestras pocas fuerzas nos hayamos de quedar bien cerca, que utilicemos la vieja tierra extremeña de trampolín para nuestras lucubraciones, que nos sirvamos de ella como de una especie de superficie de lanzamiento... hacia el vacío. De esta manera, comenzamos, al menos, operando con elementos que nos son familiares, que conocemos *de sensu*, lo que envuelve un innegable principio de conocimiento.

Aún considerando la falta de motivaciones del arte regional, éstos pueden sustituirse mentalmente, pues incluso en función negativa pueden traerse, ya que su misma ausencia nos brinda un motivo y no de los menos interesantes. Pero de todos modos en nuestro páramo artístico no es raro dar con una fuentejilla, de hilillo intermitente, pero que nos ayude a desarrollar un tanto el ovillo.

En último término, dentro de la humildad que imponga al tema del arte extremeño su cultivo en campo tan restringido y erial, nos encontramos con la ventaja de que podemos adaptarlo a la medida de nuestro interés, de nuestra curiosidad, de nuestros sentimientos, de nuestras posibilidades y esperanzas, lo que no deja de tener su importancia en algún sentido, al afectar al ritmo de nuestra vida espiritual en su desgranamiento colectivo y porque cualquier hecho expuesto o consecuencia deducida resulta tan fácilmente contrastable o comprobable, que permite al receptor una inmediata colocación con respecto a la noticia o a la opinión.

Si bien es verdad que todo esto no nos llevará necesariamente a alguna solución determinada, también puede serlo que represente una siembra de sugerencias que se ofrezcan en halagadora concesión

a esos espíritus interesados en la elaboración de precisiones sobre ese mundo de hechos sugeridores, de problemas inquietantes, de interrogantes sin respuestas, que se plantean sin cesar en sus aledaños, que bullen alrededor de su mismo contorno físico, que acaban por prender, muchas veces, en lo más entrañable de su conciencia moral... y que se vé y no se vé, como una luz increada, como una soledad sonora... como algo que es y no es al mismo tiempo, dilema ontológico que hay que resolver optando por alguno de sus términos, o aceptando resueltamente la contradicción al inhibirse.

\* \* \*

Sin embargo, en el caso que nos ocupa, la contradicción sólo tiene un valor relativo, porque los términos pueden salvar su antitejes desde el momento en que los consideremos como significativos de etapas de un mismo proceso mental; etapas que sólo pueden conceptuarse de opuestas por su colocación, porque son, precisamente, las extremas, las terminales; antes de una, nada; después de la otra, todo; con lo que se puede mantener intacto el común principio que los determina en el mismo sentido, haciendo posible su convivencia sin destruirse.

Nos esforzamos por dar alguna claridad y validez a esta conclusión, a la que hemos llegado buscando una contestación a estas preguntas: ¿Existe, en realidad, un tema artístico extremeño? ¿Puede señalarse un arte configurado que nos sea propio?...

Nosotros creemos en la existencia de ese tema como construcción de la mente con materiales exclusivamente nuestros, aunque por su fluidez y su módica estructura sea necesario, las más de las veces, forzarlo, para que pueda manifestarse. Igualmente, y como consecuencia del anterior reconocimiento, tenemos que admitir la presencia de un arte configurado, bien que se nos desfigure constantemente por la falta de nitidez y de quietud de sus perfiles. Carentes ambos, por esa debilidad manifestativa, de ese *minimum* de expresión y hasta de realidad física que exigen las representaciones plásticas para ser reconocidas e interpretadas, esas objeciones o limitaciones con que admitimos al arte y al tema extremeño, dificultan, como es natural, la normal captación de los valores artísticos que pudiéramos colocar entre los específicos a nuestro objeto, hasta el punto de hacernos dudar de esa coexistencia, sin violencia, de los términos del dilema citado, bien determinándonos a tomar alguno de sus caminos radicales o a quedarnos apartados de ellos, suspendiendo nuestro juicio ante una contradicción que nos resulte suprema e insuperable.

Porque conseguir enfocar, aprisionar y retener ante nuestra percepción la figura mental y real del arte extremeño, ajustarlo a un orden temático y someténdolo a un análisis sistemático, es algo excesivamente difícil, aunque todos los obstáculos que se nos presenten no deben ser suficientes a excusar nuestros esfuerzos para lograr extraer la sustancia vernácula que podamos conseguir exprimiendo el concepto moral de lo extremeño.

Es verdad que una labor investigatoria de esta naturaleza es penosa y hasta angustiosa; la misma inseguridad de los términos sobre los que operar, colocan al investigador en una situación casi hamletiana. Tal es la nebulosidad de la visión la movilidad del sujeto expectante y la pasividad del objeto de nuestra preocupación, pasividad que muchas veces se confunde con una verdadera ausencia—que queda bien reflejada nuestra impotencia, desesperadamente empeñada en apresar aquello que buscamos e intuimos. De este modo, nuestros vislumbres quedan reducidos a una sensación que puede compararse a la de un lejano relámpago en la noche oscura; se nos disuelven apenas los creemos compactos; se nos deslizan y escurren apenas empiezan a humedecer nuestra sensibilidad; se nos trasponen apenas hemos tenido tiempo de reaccionar ante su presencia.

Es así como insistiendo en nuestro deseo por sorprender formas y espíritus que nos sean familiares y constatar que nos son genuinos, provocaremos con su misma presencia fugaz a esa imagen real e ideal envuelta en su propio hálito, inconfundible para nosotros, para volver a borrarse y disiparse, pudiendo repetirse indefinidamente esta experiencia en series alternativas, cuyas soluciones de continuidad vienen a constituir enormes simas insalvables para poder ligar en una trayectoria lógica ese proceso que enuncian los términos «Extremadura-Arte» y que aspiramos a resolver sin negación ni contradicción.

Intentemos, pues, resolver la ambigüedad de ese binomio, pese a que la relación entre sus términos no se ofrece con la firmeza y claridad apetecible, no ya porque sean entidades de distinto orden (Extremadura: un concepto geográfico; Arte: un concepto abstracto), sino porque los valores que los sostienen, intrínsecos y extrínsecos, podrían, incluso, llegar a desconocerse y a hacer, para nuestros fines, inservible la relación, sin el previo reconocimiento de la personalidad moral extremeña.

Por eso, sea cualquiera que sea nuestra predisposición, intentar una exégesis directa del arte extremeño, es un trabajo que exigirá siempre un minimum de orden y de precisión, que aquí no se puede traer; como pretender el establecimiento de consecuencias definitivas sería tanto como admitir que la más vana de las digresiones—en esto estamos incurriendo—pueda conducirnos a alguna forma de certeza; pero aún más: aún comprimiéndose a relatar la anécdota de sus vicisitudes, habría de ser quedarse sin materia a poco de entrar en ella.

\* \* \*

Pero con este criterio y esta moral, no tenemos más remedio que insistir en la presencia real y virtual de un arte extremeño, y, por consiguiente, de artistas que lo sirven; lo que no quiere decir, claro es, que demos esta carta de filiación a toda manifestación artística por el hecho de que se resuelva en un episodio de fronteras adentro de nuestra tierra, ni al artista por razón de convivencia o nacimiento. La impronta moral que la identidad de naturaleza imprime, po-

drá notarse en series psicológicas, pero sólo se hace perceptible como valor artístico común en agrupaciones o pueblos más numerosos o más trabajados en este aspecto.

Por eso, en un intento de concreción, es inútil que busquemos el arte y al artista extremeño y demos con ellos por el hecho de una incorporación reiterada a determinadas orientaciones, y, precisamente a ellas y no a otras, interpretando estas preferencias como imperiosidades raciales o atávicas. Nos referimos a preferencias que nacen con poder de aglutinación, creciendo, desarrollándose y adquiriendo personalidad y consideración histórica, dando nombre y valor a lo que llamamos, por ejemplo, estilos, técnicas y escuelas, todos ellos realidades de la manifestación artística, pero cuyo cultivo no admite extensivamente la tierra extremeña.

En efecto; para que se dieran estas plantas de modo colectivo en nuestro suelo, necesitarían, respectivamente, respirar un mismo ambiente, una igualación más normal en sus individuos y semilleros de intensa y prolongada capacitación. Nada de esto se da en la provincia extremeña, al menos con la regularidad y la insistencia necesarias para dejar sus huellas; pero aún cuando se diesen,—advertimos—no afectarían en el sentido de la profundidad a las características que de nuestro arte y de nuestros artistas quisiéramos arrancar. Y creemos que no existe el ambiente, porque éste nace y se expande al calor de un sentimiento—específicamente estético—que jamás ha existido conscientemente de un modo colectivo ni podrá existir mientras no se modifiquen las condiciones de nuestra realidad cotidiana (1); no es posible, en nuestro individualismo y dispersión, afirmar o distinguir la concurrencia o perpetuidad racial de un clima temperamental; no podemos tomar demasiado en cuenta la influencia o magisterio de los grandes maestros extremeños justificando la adscripción de sus discípulos o seguidores, por secretos, impulsivos o inconscientes motivos de identidad de origen.

\* \* \*

Comprendemos que discurrendo así, palidece la existencia del arte extremeño, cuya nota de presencia se nos va agotando por consunción hasta un punto de entelequia. Nuestra tesis se salvaría con precisiones, pero éstas—que intentaremos en otro trabajo—se nos escapan, volatilizan o sutilizan con la misma facilidad que la propia tesis. Ello hace que la vía intuitiva se nos ofrezca más expedita, para sorprender matices diferenciales, que cualquier experiencia, ya basada en un análisis de la realidad o en un razonamiento de riguroso orden lógico.

Hay, sin embargo, algo que se antepone a todo lo que decimos, y a lo que, realmente, está condicionado el arte extremeño: ¿Existe Extremadura?...

(1) Desde hace poco se están prodigando las manifestaciones artísticas en nuestra región; de ello nos ocuparemos en trabajos sucesivos. Lo que decimos más arriba es consecuencia del carácter intemporal de nuestros comentarios.

Esta interrogante no admite tampoco precisión científica en su respuesta, ya que cualquiera de éstas no pasarán de ser, en el mejor de los casos, sino conclusiones correctas con respecto a alguna o a algunas de las infinitas facetas de su contenido. Además, esta pregunta, como todas las que se plantean con verdadera lucidez enunciativa, extraordinaria sencillez y claridad, incurre en una simplicidad bien candorosa por la enorme complejidad que oculta.

No es de este lugar extendernos sobre ella, si bien implica totalmente a la que venimos penosamente tratando, siendo ésta la causa de hacerle participe de toda su versátil consistencia. Por eso, al ser una derivación o consecuencia de la otra, ambas tienen que correr la misma suerte.

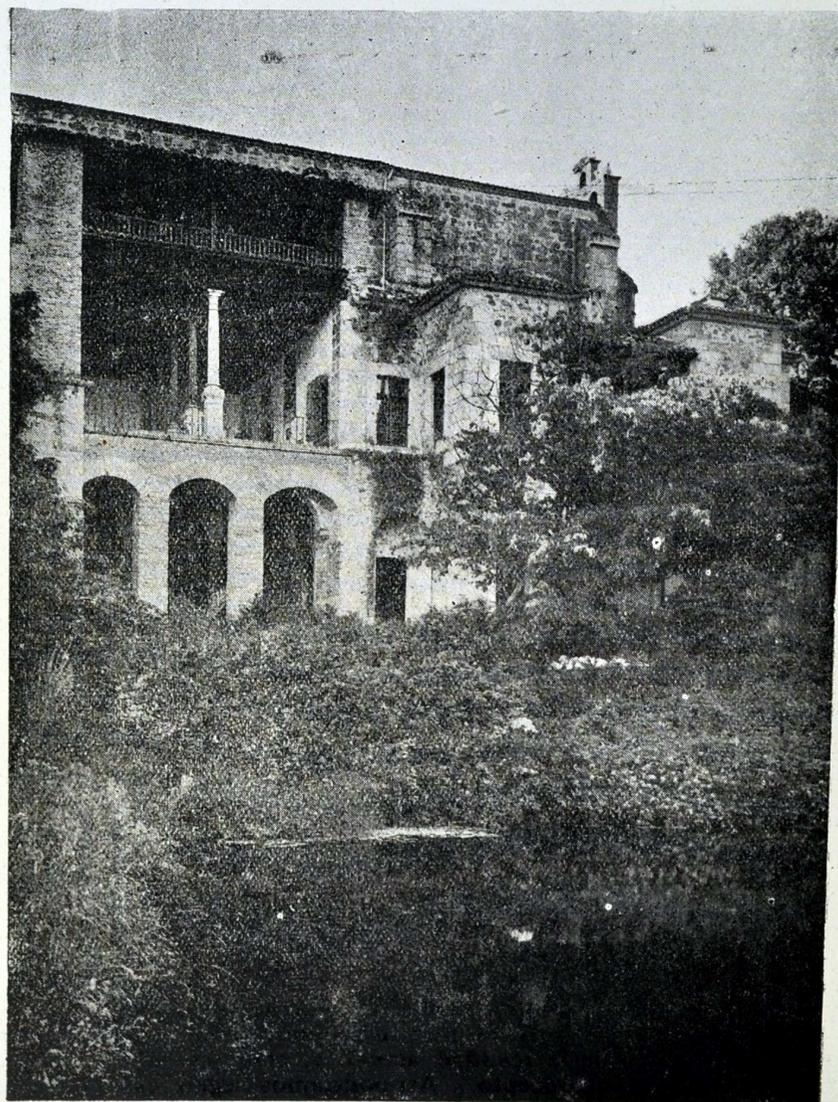
Efectivamente, si inaprehensible nos resulta tantas veces lo extremeño, en lo que tenga o pueda tener de sustantivo, genéricamente, otras tantas, por lo menos, nos fallará la seguridad de haber encontrado su clima auténtico en cualquiera de sus aspectos adjetivos.

De aquí la gran variedad de pareceres sobre la noción abstracta y conceptual de Extremadura, y, por ende, de un arte extremeño. Esos pareceres, aún procediendo de autoridades máximas, ni alteran ni modifican la cuestión: la dejan intacta. Ni por la suma o escrutinio de ellas procede tomar partido, mientras tengamos al hombre y al paisaje afectando a ideas y sentimientos propios; porque, en realidad, las opiniones más aparentemente objetivas de los más ilustres exégetas de la cuestión, en uno u otro sentido, tienen sus principios en causas personales: formación mental o profesional; índices de afección o de penetración psicológica... en algo que podrá hacerlas evidentes, pero sólo desde un ángulo que no nos ayuda a cerrar el perímetro. Todos, pues, podemos y tenemos que intervenir activa o pasivamente en la cuestión y actuar, incluso, de protagonistas, apóstoles o beligerantes, o, simplemente, de expectadores con todo derecho a la crítica.

Es tal la indecisión sobre ella como para que veamos, por ejemplo, al historiador resolviendo su experiencia erudita de la interpretación histórica, con una negación más o menos rotunda del fenómeno extremeño, o incorporándolo para confundirlo, en otro mayor; como también suspendiendo su juicio y soslayando toda definición; el espíritu humanístico con su tendencia a la universalización o a la síntesis, posiblemente no se interesará por tan breve cuestión vital sin transcendencia; el científico puro reconocerá con frecuencia cierta personalidad extremeña, pero sólo a base de presencias materiales, sin decidirse, prudentemente, a articular la física con la metafísica, rebasando su propio campo; el político se limitará a partir de la realidad actual, y, claro es, sobre esta base cierta, edifica su concepto... Así podríamos seguir casi indefinidamente, pero nos hemos quedado sin citar a los artistas, precisamente los más interesados en la cuestión por sus opiniones plásticas.

Fáltandonos el espacio, nos ocuparemos de ello en otro artículo.

JOSE DE HINJOS



ALBUM EXTREMEÑO.—Yuste: Residencia del Emperador Carlos V. (Foto Mas)